

Cuando Dios hablaba griego

Inmaculada Delgado Jara

Universidad Pontificia de Salamanca

I

Tal y como indica su sugerente título, el libro de Timothy M. Law que acaba de publicar la prestigiosa editorial de la Universidad de Oxford¹ es una apología del papel que Septuaginta debe tener en la historia de la teología cristiana y en la exégesis; un papel, por cierto, que no siempre se ha valorado. El autor parte de una importante premisa: que los libros bíblicos se formaron después de un largo proceso de acumulación, combinación y reformulación de otras fuentes. Desde esta perspectiva, la Biblia griega ilumina una parte perdida de la historia de la formación del AT: muestra diferentes estadios del texto hebreo mucho antes de que éste alcanzara su forma final.

El hallazgo de los manuscritos del mar Muerto puso de manifiesto la existencia de versiones diferentes de algunos libros de la Biblia hebrea recibida (el texto masorético) y, en muchos casos, incluso éstos estaban de acuerdo con esos pasajes divergentes de Septuaginta. Se abrió así la posibilidad de que los traductores de Septuaginta no fueran los responsables de las diferencias del texto bíblico; quizá estaban traduciendo otros textos hebreos en estadios más antiguos. Este dato echó por tierra la afirmación aceptada en muchos círculos de exégetas que explicaban las divergencias en el texto de Septuaginta de manera sencilla: o los traductores eran muy creativos o no entendían el texto hebreo que tenían delante. Por tanto, el descubrimiento de estos manuscritos y la nueva apreciación de Septuaginta no sólo ha revolucionado el estudio del AT y de la Biblia hebrea, sino

¹ Timothy M. Law, *When God Spoke Greek. The Septuagint and the Making of the Christian Bible*, Oxford 2013, 216 pp.

también el del NT y el cristianismo primitivo. Aparte de las numerosas citas del AT en el NT, que son casi enteramente del griego, el lenguaje y la teología de los escritores del NT están en deuda mucho más con la Biblia griega que con la hebrea.

II

Después de estas consideraciones previas, el autor arranca su estudio con un primer capítulo que lleva por título, “¿Por qué este libro?”. En él da cuatro razones de la importancia crucial de Septuaginta: 1. Arroja luz en el desarrollo del pensamiento judío entre el s. III a.C. y el s. I d.C. El NT no se puede leer separadamente de su contexto en el judaísmo helenístico, y por ello nos acercamos más a la comprensión de su contexto con la lectura de Septuaginta; 2. La traducción del AT en casi todas las versiones modernas de la Biblia se basa en la Biblia hebrea, pero la forma de escritura usada por los autores del NT se aproxima más a la Biblia griega. Las escrituras judías griegas permitieron a los primeros cristianos reivindicar una tradición histórica. El potencial para la expansión de la Iglesia aumentó exponencialmente cuando tuvieron esta tradición disponible en la lengua del mundo mediterráneo; 3. No sólo la mayor parte de los primeros cristianos usaron la Biblia griega, sino que también su teología fue explícitamente conformada por ella y no por la Biblia hebrea; 4. En muchos lugares, Septuaginta contiene un mensaje diferente al del texto masorético. Esto no se debe sólo a que los traductores crearan nuevos significados. En muchos casos provee el único acceso que tenemos a las formas más antiguas. Las ediciones modernas de la Biblia hebrea contienen un texto que fue más o menos establecido en el s. II d.C., y mientras que las tradiciones textuales de algunos de los libros se retrotraen al s. III e incluso al s. V a.C., sus textos se diferencian de las tradiciones conocidas y usadas por los lectores de la Escritura en tiempos antiguos. Los autores del NT, conscientes o no, transmitieron un mensaje basado en la lectura teológica de las escrituras judías aportada por LXX, que a menudo era diferente del mensaje de la Biblia hebrea en la versión masorética.

¿Por qué, entonces, el papel de Septuaginta se ha visto reducido en el pensamiento cristiano moderno? El autor de esta obra lo irá desgranando a lo largo de los otros doce capítulos que la componen, terminando con una reflexión final titulada “Postdata”.

En el capítulo segundo, titulado “Cuando el mundo llegó a ser griego”, T. M. Law evoca el periodo más decisivo de la historia judía: el final del exilio y la etapa del segundo Templo. Fue entonces cuando se escribió la mayor parte de la Biblia hebrea. Un año después de su ascenso, Ciro ordenó un decreto para que el Templo de Jerusalén se reconstruyera y todos los judíos que desearan abandonar Babilonia regresaran a su patria (Esd 1, 2-4). Además de la reconstrucción de la ciudad y el Templo, compusieron un libro de la ley que llegaría a ser el núcleo de la Torá. Finales del s. V o principios del s. IV a.C. es la fecha más temprana en la que la Torá puede haber surgido. Este período de paz aparente en Judea se prolongó hasta casi 170 a.C. y durante esta etapa se produjo una fuerte inmersión del mundo judío mediterráneo en la cultura griega, inmersión que llegó a ser crucial: nunca ha habido, según nuestro autor, una adopción tan generalizada de cultura en la historia. La koiné se convirtió en el dialecto en el que se podían comunicar en Cartago y Kabul, Roma y Persépolis. Aunque hay pruebas del uso continuado del hebreo y el arameo, la mayoría de los judíos adoptaron completamente el griego koiné.

La amalgama entre la cultura griega y las tradiciones locales crearon nuevas posibilidades y, en este cuadro, Alejandría fue la ciudad en la que esas fusiones de cultura fueron más evidentes. Aquí, entre los ss. III y I a.C., los judíos experimentaron todas las atracciones y los adornos de la cultura helenística y no muy tarde se enfrentaron con la eterna cuestión: ¿cómo una comunidad inmigrante religiosa que ha sido trasplantada de otro universo cultural retiene sus convicciones y distintivos? Pero desde luego, nada prueba más espectacularmente la helenización de los judíos en la diáspora mediterránea que la traducción griega de las escrituras hebreas.

Para pasar al capítulo tercero, y antes de entrar en “Los primeros traductores de la Biblia hebrea” (capítulo 4), el autor se cuestiona en qué forma se habrían encontrado los traductores las escrituras hebreas que procuraban poner en griego. Así entonces titula el capítulo 3: “¿Había una Biblia antes de la Biblia?” Rotundamente no, según Law. Antes del s. II no había manera de saber qué libros bíblicos podían ser incluidos dentro de la colección y qué libros quedarían fuera; no había manera de saber cómo aparecería la versión final de los libros individuales. Antes de la producción de una “Biblia” canónica, judíos y cristianos usaron numerosos textos bíblicos, textos que estuvieron en un extraordinario estado de fluctuación entre los ss. III a.C. y II d.C. No había una preocupación real por la fijación del texto y el estatus autoritativo era compartido por diferentes versiones en los mismos libros.

Hasta el último siglo muchos asumieron que las escrituras hebreas existieron sólo en la forma preservada en la Edad Media (el TM), pero ahora la mayoría reconoce que ésta refleja sólo una de las *varias formas de las escrituras* en circulación antes del s. II. Los rollos del Mar Muerto alteraron la comprensión de la historia de la Biblia. Esto, junto a una nueva apreciación de Septuaginta, nos obliga a adoptar una nueva perspectiva: mientras los escribas medievales masoréticos preservaron una tradición antigua, transmitieron “solo una tradición bíblica” fuera de un número de posibilidades divergentes que existieron antes del s. II d.C. El período anterior fue caracterizado por la pluralidad, no la uniformidad. No hay ningún error en afirmar que la Biblia hebrea en las ediciones de hoy refleja una tradición muy antigua remontándose al menos al s. III a.C. y quizá incluso antes. Y en este sentido, la Biblia griega no sólo es una guía para entender mejor la hebrea, sino que en algunas ocasiones es nuestra única fuente ya que preserva versiones alternativas de las escrituras hebreas.

Asimismo, Law se pregunta si *son significativas las diferencias*. Mediante ejemplos tomados de los libros de Jeremías y de Samuel según las versiones de la Biblia hebrea, Septuaginta y Qumrán, sostiene que la Biblia hebrea es una de las muchas tradiciones de textos bíblicos usados antes del s. II d.C. Advierte así de la necesidad de ser cuidadosos y no distorsionar el pasado a través de las lentes del presente y del carácter autoritativo que más tarde ganó la Biblia hebrea. Es una idea que vertebra toda la obra.

El cuarto capítulo lleva por título “Los primeros traductores de la Biblia”. En él indica que la traducción no representaba el abandono de una de las posesiones preciadas del judaísmo (la lengua hebrea como el vehículo de la revelación divina), sino que más bien significó la permanencia del judaísmo en un período en el cual parecía que nada podría resistir a la presión del molde griego. Según Law, y recogiendo la idea de T. Rajak², fue un asunto de supervivencia.

Alude a la *Carta de Aristeas a Filócrates* y hace también un recorrido por las opiniones de otros investigadores sobre dicha Carta: qué es, qué fin tiene, quiénes fueron los traductores³.

² *Translation and Survival: The Greek Bible of the Ancient Jewish Diaspora*, Oxford 2009.

³ B. G. Wright, uno de los principales estudiosos de esta *Carta*, hace claramente una evaluación negativa, p. e. en “The *Letter of Aristeas* and the Question of Septuagint Origins Redux”, *Journal of Ancient Judaism* 2.3 (2011) 304-326.

En el último epígrafe del capítulo, el autor sugiere un asunto crucial: ¿Por qué la Septuaginta? ¿Por qué se hizo? Recoge las diferentes ideas, pero indica que es difícil encontrar una explicación. Desde luego, el propósito teológico, litúrgico, motivó el proyecto: fue una manera de posibilitar a los judíos helenizados continuar sus tradiciones religiosas dado que su nivel de conocimiento en hebreo había disminuido. En cualquier caso, los judíos helenísticos pronto empezaron a usar los textos como escritura. La Septuaginta les dio las palabras reveladas por Dios a Moisés, reformuladas y comunicadas de un modo nuevo.

Fuera de los cinco libros de Moisés, es más difícil determinar los contextos de las traducciones de los otros libros. La mayoría de los investigadores han asumido que la mayor parte de los otros libros fueron traducidos en el s. II a.C. y que el movimiento para establecer los textos bíblicos hebreos puede haber inspirado la traducción de otros libros cerca de Jerusalén y en la diáspora⁴. Pero Law postula la idea de que pudieron ser el resultado de una nueva conciencia literaria.

En el capítulo 5, que lleva el sugerente título de “Dios y su no-tan-feliz langosta”, aludiendo a la cita de Amós 7,1, el autor hace un recorrido por todos los libros de Septuaginta que fueron traducidos de los libros hebreos y arameos, con el paso de los siglos oficiales y canónicos, dentro de lo que llamamos la Biblia hebrea. Habla de fechas, de lugares, de la secuencia, del grado de correlación entre el texto griego y hebreo, del estilo de las traducciones, de la extensión de los libros... Muestra así cómo Septuaginta es un extraordinario exponente de la pluralidad textual existente en el judaísmo primitivo. Los exégetas –dice Law– a menudo usan Septuaginta sólo para descubrir cuál de las formas de escritura (griega o hebrea) representa el texto más “original” al cual atribuir el sello de “superior”. Él, no obstante, prefiere no perseguir esta cuestión, sobre todo porque Septuaginta a menudo transmite una tradición alternativa que ni es más temprana ni más tardía, sino una que podía haber coexistido con las fuentes que formaron la Biblia hebrea. Algunas de las diferencias en el texto griego se relacionan con el uso de los traductores de textos hebreos divergentes, pero otras son cambios intencionales de los traductores y otras incluso sus errores.

Otros autores, como T. Rajak, *Translation and Survival...*, 24-63, tienen un juicio más positivo, teniendo en cuenta los propósitos literarios del autor, separando historia de mito y apreciando la *Carta* dentro del contexto de la literatura judía helenística.

⁴ D. M. Carr, *The Formation of the Hebrew Bible*, New York 2011, 153-179.

Además de estos libros, hubo otros textos que hoy se llaman “apócrifos”, pero que muchos antiguos judíos y cristianos trataron como textos de la Escritura, porque en los siglos de formación de Septuaginta no había nada como lo que hoy denominados “los apócrifos”. Esto lo desarrolla el autor en el capítulo 6: “Heces de pájaro, elefantes con trompa y dragones reventados”. De nuevo repite la idea de que el período entre el 200 a.C. y 200 d.C. fue una época de agitación literaria tanto para judíos como cristianos. Hace un recorrido por los libros compuestos originalmente en griego y no traducidos de un original semítico: las dos adiciones a Ester, B y E; 2, 3, 4 Macabeos; la Oración de Manasés; la Sabiduría de Salomón y Baruc. También habla de los libros que probablemente se han basado en originales semíticos, aunque no tengamos evidencia manuscrita por el momento: 1-2 Esdras; 4 de las adiciones a Ester; 1 Macabeos; las Adiciones a Daniel. Concluye indicando que ninguno de estos libros apócrifos logró el estatus canónico en la Biblia hebrea y esta decisión interna para el judaísmo antiguo ejerció un profundo impacto sobre el pensamiento cristiano durante los siglos siguientes. Este mismo periodo de actividad literaria en Palestina y en la diáspora, en hebreo y en griego, atestiguó el principio de un nuevo período de singularidad, tanto en la forma del texto hebreo como en los libros donde había que lograr estatus autoritativo.

Este era el fin de la pluralidad textual. Al principio del período podemos ver múltiples formas del mismo libro bíblico, preservado ahora en Septuaginta (y en su traducción antigua latina), los rollos del Mar Muerto y el Pentateuco samaritano. Durante el fin del período, una de las tradiciones textuales disponibles en lengua hebrea habría sido elegida, quizá incluso sin intencionalidad, por tanto la mayoría de los testigos después del siglo II tuvieron la apariencia de uniformidad.

A continuación, el autor afirma que, puesto que la forma del texto de las escrituras hebreas estaba siendo fijado más o menos en este período, sus traducciones griegas también sufrirán cambios que reflejan estos nuevos desarrollos en la historia de la Biblia. Esta idea, que Law desarrollará en el capítulo 7, “E pluribus unum”, la encabeza con una cita de Emanuel Tov: “El TM no fue seleccionado en la antigüedad debido a su superioridad textual. De hecho, no fue probablemente seleccionado en absoluto. Desde un cierto punto incesante era simplemente usado”⁵.

⁵ “The Status of the Masoretic Text in Modern Text Editions of the Hebrew Bible: The Relevance of Canon”, en: L. M. McDonald – J. A. Sanders (eds.), *The Canon Debate*, Peabody MA 2002, 242-243.

La actividad de revisión puede verse ya en el s. II a.C., antes de que se tradujeran los últimos libros de Septuaginta, y este hecho arrastró a los otros libros que habían sido traducidos con anterioridad. Implica que algunos reconocieron divergencias entre diferentes tradiciones textuales y buscaron rectificar lo que percibieron como indeseable, a la vez que modificar las traducciones griegas más antiguas de tal forma que podrían adecuarse a la tradición posterior de la Biblia hebrea. Las revisiones de Aquila, Símaco y Teodoción son sólo tres entre muchas más durante este período. Orígenes pudo haberlas escogido porque correspondían a la Biblia hebrea que él conocía. Es simplemente un accidente histórico que tengamos conocimiento de estas personas.

En cualquier caso, el nuevo interés para establecer un único texto autoritativo eliminó toda la belleza de la diversidad y fluidez en la antigua producción bíblica judía y cristiana. Muchas de las formas de texto alternativo de libros bíblicos y apócrifos fueron erradicadas por accidentes de la historia o por decisiones de autoridades religiosas con intereses sectarios, involucradas en consolidar un texto único autoritativo. La gran variedad que caracterizó a los textos bíblicos antes de empezar el s. II llegó a su fin.

Antes de continuar tras el rastro de Septuaginta en la iglesia cristiana primitiva, en el capítulo 8, "La Septuaginta detrás del NT", el autor se detiene en el s. I para ver cómo los primeros escritores del movimiento de Jesús siguieron atestiguando la rica variedad de textualidad bíblica y, más importante, cómo la Septuaginta era muy a menudo su fuente. El NT ofrece algunos de los mejores ejemplos de la variedad de formas de texto que aún circulaban en el s. I d.C.

Cuando se compara una cita en el NT con su fuente original en el AT a menudo la nueva formulación es diferente de su original. En muchos casos es fácil de explicar: el AT en las Biblias modernas es una traducción de la Biblia hebrea, pero los escritores del NT casi usaron exclusivamente la Septuaginta griega. Las diferencias entre la Biblia griega y la hebrea no son simplemente estilísticas. La perspectiva teológica de las versiones hebrea y griega de muchos de los libros se basan en diferentes trayectorias y así nos conducen a diferentes conclusiones.

Ahora bien, la importancia del uso de la Biblia griega por los autores del NT en lugar de la hebrea no puede ser exagerado, y esto es especialmente verdad cuando preservan vestigios de la pluralidad textual según sus intereses literarios y teológicos. La distribución de citas en el NT es también otra confirmación de que en el s. I no había

una biblia canónica completa, como podemos pensar hoy por nuestras ediciones y traducciones. Mientras podemos afirmar que los escritores del NT casi unánimemente usaron “Septuaginta”, debemos admitir que la Septuaginta misma no era una entidad única. La variedad de formas textuales, como venimos diciendo, era enorme.

También hay que tener en cuenta *el fondo judío*. Los primeros cristianos fueron judíos, así que no es sorprendente que los escritores del NT no dependan únicamente de las escrituras que encontramos en el AT para acceder a las tradiciones exegéticas judías. Los escritos judíos contenidos en Septuaginta y en otros escritos que los modernos investigadores llaman pseudoepigráficos formaron el armazón teológico de los autores del NT. Y en este punto, *Encontrando las “sagradas escrituras”*, se detiene un momento el autor del libro para desentrañar cómo los escritores del NT podrían haber accedido a estas escrituras y en qué forma podrían haber encontrado los diversos libros que fueron considerados autoritativos. El autor alude al uso litúrgico de la escritura en el s. I; también recoge la postura de quienes sugieren que los escritores del NT recogieron su material del AT de “colecciones de testimonio”, *testimonia*⁶, es decir, colecciones de fragmentos de citas de las escrituras judías organizadas a modo de tópicos: hay ejemplos en Qumrán (4QTestimonia), en Pablo, en el autor de Hebreos. Pero T. M. Law apuesta por el contexto litúrgico.

Acaba el capítulo poniendo de relieve el impacto que Septuaginta tuvo en el *lenguaje y teología* del NT. Ello lo ejemplifica con el empleo de términos basados en el lenguaje de LXX como *diathēkē* “alianza” o *euangelion* “buena noticia”; o con términos de importancia teológica como el concepto de “gloria de Dios”, que también tiene sus raíces en Septuaginta, en el libro de Isaías. O términos como “virgen” (Is 7,14 en Mt 1,23) o “Señor” y “Cristo”, ambos títulos aplicados a Jesús.

En el capítulo 9, “La Septuaginta en el NT”, el autor se centra en las citas explícitas del AT en el NT, y muestra cómo éstas reflejan el uso de Septuaginta y sus revisiones en lugar del hebreo. Extrae cuatro conclusiones: 1. Que la mayoría –si no todas las citas en el NT– no son de ningún modo meramente dependientes del hebreo, y en los casos donde parecen estar cerca del hebreo, una revisión griega puede fácilmente suministrar una explicación; 2. También hay casos

⁶ Esta posición la encontramos claramente en M. C. Albl, “*And Scripture Cannot Be Broken*”: *The Form and Function of the Early Christian Testimonia Collections*, Leiden 1999.

(y así lo ejemplifica) en los cuales se toman citas de Septuaginta para mostrar un punto de vista teológico que no hubiera sido posible si el escritor hubiera citado la versión hebrea del mismo texto; 3. Si los autores del NT sólo hubieran hecho uso de la Biblia hebrea, muchos énfasis teológicos no hubieran sido posibles, p.e., la teología de Pablo en Romanos sería completamente diferente, o el tema del “resto” en el libro de Hebreos, tan central para su mensaje; 4. El estado del texto del AT en el s. I todavía era muy fluido, pero esta realidad textual no alteró a los escritores del NT.

En el capítulo 10, “El nuevo AT”, T. M. Law parte de una consideración: que los escritores cristianos más antiguos escribieron en griego y adoptaron las escrituras judías griegas. La inclusión de los libros apócrifos condujo a algunos escritores cristianos antiguos a asumir que también habían sido traducidos de las escrituras originales hebreas. De esta actitud se extraen dos conclusiones: 1. Que el estatus autoritativo de algunos de estos libros todavía no había sido establecido; 2. Que los cristianos miraban todavía el uso de la escritura judía como un criterio decisivo para las suyas propias. Esto lo va a desarrollar T. M. Law en el resto del libro.

Algunos de los antiguos eruditos cristianos asumieron la superioridad de la Biblia hebrea, pero ninguno de ellos supo lo que ha llegado a ser claro para nosotros en tiempos recientes: que la Biblia hebrea del s. II estaba al final de un largo proceso de evolución y que los textos hebreos usados por los traductores griegos eran en muchos casos ediciones alternativas de las escrituras hebreas. La mayoría de los estudiosos, sin embargo, debatieron o, al menos asumieron, que la Septuaginta griega era la nueva palabra de Dios para la Iglesia, un texto divinamente inspirado que Dios había entregado para hacer llegar el mensaje de la cristiandad al mundo, y a ellos no les concernía saber cómo la Septuaginta había sido rival con el hebreo.

En la Edad Patrística, la Septuaginta era la Biblia de la Iglesia. La formación de la cristiandad –a través de la predicación, enseñanza, apologética, formación teológica y usos litúrgicos– dependió casi exclusivamente de ella como AT.

¿Qué libros compusieron el AT? Aquí el autor se detiene en el asunto del canon de la iglesia primitiva y aclara la diferencia entre los términos “canon” y “escritura”. La formación del canon en la iglesia primitiva fue un proceso largo y debemos recordar que la iglesia primitiva trató libros excluidos de las listas canónicas como escritura.

El capítulo 11 lleva por título “Palabra de Dios para la Iglesia”. La Biblia griega causó impacto en la expansión cristiana antigua,

controversias teológicas tanto fuera como dentro de la Iglesia, y la interpretación de las escrituras para la vida religiosa y litúrgica. En el s. IV Eusebio de Cesarea escribió que Septuaginta era una parte crucial de la *praeparatio evangelica*⁷. Cuenta a sus lectores que la traducción de Septuaginta era parte del plan de Dios para preparar al mundo para la venida del cristianismo. Dios providencialmente guió una traducción al griego, para que cuando el Salvador del mundo apareciera, las naciones del mundo le pudieran reconocer. Este era el tiempo “cuando Dios habló griego”.

Por tanto, si Septuaginta fue la Biblia de la Iglesia, ¿de qué manera contribuyó para la formación teológica y exegética de los primeros siglos del cristianismo? Según reconoce Law, este punto, el impacto de *la Septuaginta en la formación de la teología y la piedad en la iglesia primitiva*, requiere en la actualidad una investigación más profunda⁸. Aun así se puede constatar que tanto escritores griegos como latinos –excepto un pequeño número de cristianos en la Iglesia siríaca– hicieron uso directamente de Septuaginta (o por vía indirecta a través de su traducción al latín, la *Vetus Latina*). Presumiblemente la mayoría de los cristianos habrían visto la Biblia hebrea como estrictamente escritura judía, pero la Biblia griega era el tesoro de la Iglesia. Sin embargo, esto no permaneció así durante mucho tiempo. Es lo que va a desarrollar el autor en los dos capítulos siguientes.

El capítulo 12, con la sugerente metáfora “El hombre de acero y el hombre que adoró el sol”, se sitúa en el tiempo de Orígenes, que influyó en gran medida sobre el futuro de Septuaginta, y en el de Constantino. La investigación textual del primero, involuntariamente, apresuró el fin de la importancia de la Biblia griega en la Iglesia. Con sus *Hexapla*, su objetivo no fue desplazarla de los atriles de las iglesias en favor de la Biblia hebrea, pero fueron el principio del fin de Septuaginta en la Iglesia, aunque fuera sólo por accidente. La obra de Orígenes contaminó la oleada de transmisión bíblica: a partir del s. IV casi todos los manuscritos de Septuaginta estarían influidos por las versiones de Orígenes y Hexaplar. La devoción de Eusebio de Cesarea y su maestro Pánfilo a su héroe teológico continuó en la misma dirección con la edición del texto de Septuaginta entre 307-309 d.C.

⁷ *Preparación para el Evangelio* 8.

⁸ La antigua introducción a Septuaginta de H. B. Swete, *An Introduction to the Old Testament in Greek*, Cambridge 1914 y una más reciente de M. Harl – G. Dorival – O. Munnich (eds.), *La Bible Grecque des Septante*, Paris 1994, 289-320, proporcionan ejemplos de cómo Septuaginta impactó en la Iglesia primitiva. Aun con todo, es un área que necesita más investigación.

A ello hay que añadir las órdenes del emperador Constantino para difundir la Biblia, lo cual hizo que fuera en detrimento de un texto académico a favor de uno que pudiera difundirse ampliamente en la Iglesia sin anotaciones críticas textuales.

Un nuevo espíritu había nacido, y si los estudiosos no se habían dado cuenta antes de las divergencias entre el texto hebreo y Septuaginta, pronto ya sería ignorado del todo.

El capítulo 13, “El hombre con la mano quemada *versus* el hombre con la espada dorada”, se centra en el debate entre san Jerónimo y san Agustín sobre la prioridad de Septuaginta.

Un antioqueno fue puente de conexión entre el pasado y el futuro de LXX en Occidente: Eusebio de Emesa. El rigor de la investigación bíblica de Orígenes y Eusebio de Cesarea influyeron en él, pero su rechazo al método alegórico de Orígenes más tarde influyó en uno de los más grandes estudiosos del occidente latino: Jerónimo. Mucho o poco, Eusebio de Emesa pudo haber impulsado a Jerónimo a reconsiderar completamente el valor de la Biblia hebrea.

Con su traducción en 405, llamada *iuxta Hebraeos*, para distinguirla de la *Vetus latina* del s. II, que había sido traducida según Septuaginta, su novedad no fue sólo una cuestión de estilo, sino que creó una nueva Biblia para la Iglesia, motivado por una vuelta a la *Hebraica veritas*. Aparte de una pequeña población de cristianos que había usado la *peshitta* siríaca basada en la Biblia hebrea, era la primera vez en la historia cristiana que otra Biblia no basada en Septuaginta era promovida para uso de la Iglesia. Durante 400 años la mayoría de los cristianos habían oído y leído la Septuaginta y las traducciones nacidas de ella. La ambigüedad de Jerónimo sobre sus motivos para el cambio a la *Hebraica veritas* debería ser vista en el contexto político de su tiempo. Los ss. IV y principios del s. V fueron tumultuosos en el Imperio romano pero también en las relaciones entre judíos y cristianos. Y en este tenso clima político, un contemporáneo de Jerónimo, obispo en el norte de África, consideró la nueva traducción latina una amenaza para la unidad de una todavía frágil Iglesia.

Indiferente a la erudición de Jerónimo, Agustín mantuvo la autoridad de la Biblia griega como la Biblia de la Iglesia. Apeló a la historia del uso cristiano de Septuaginta, empezando con los escritores del NT, y dándose cuenta de que las iglesias en el Oriente todavía la estaban usando; cualquier cambio en el Occidente podía acabar en un cisma. El desacuerdo entre los dos hombres estaba también ligado a sus respectivas filosofías del lenguaje. Para Jerónimo, la verdad se podía encontrar en la lengua hebrea por sí misma; el signo era

tan importante como el significado. Por otra parte, la filosofía del lenguaje de Agustín era estoica, esto es, para él el lenguaje era sólo un signo de que era real, verdadero. Agustín solía argüir que a través de las ofuscaciones en el lenguaje, Dios intencionadamente evita a sus criaturas que lleguen a ser demasiados engreídos en su entendimiento de la Escritura.

El conflicto entre Jerónimo y Agustín también podría leerse con atención a los lugares en los que ambos trabajaron. Agustín estaba en el lejano norte de Africa retirado del centro de acción en la polémica judeo-cristiana sobre la naturaleza del texto del AT. Jerónimo, por otra parte, estaba en medio del debate trabajando en Belén, deliberadamente interesado en el movimiento rabínico.

En los siglos siguientes en el Oriente griego, viviendo en un mundo griego, se le permitió a la iglesia griega continuar usando su Biblia. La falta de cohesión en el Occidente, sin embargo, junto con la continuada e intensa tradición de debate judeo-cristiano, condujo a los cristianos constantemente a valorar sus propias biblias. Eligieron finalmente, no inmediatamente, elevar el estatus de la Vulgata de Jerónimo, basada en la Biblia hebrea, no porque compartieran sus opiniones de la “verdad hebrea”, sino porque querían una estabilidad que no podían encontrar fuera de la Iglesia.

El libro termina con una “Posdata”, donde presenta voces actuales, estudiosos del campo de la teología, de la historia, que reclaman el papel de Septuaginta como escritura cristiana. Y añade, además de todas la notas con las que ha ido ilustrando la lectura, un elenco bibliográfico de obras importantes para el estudio de Septuaginta.

III

Hemos querido dejar constancia, con este análisis detallado del contenido de cada uno de los capítulos, de la importancia de esta obra para los estudios de Septuaginta.

Además de rigurosa, resulta novedosa por muchos motivos. En primer lugar, porque con razonamientos ejemplificadores coloca a Septuaginta en el lugar que se merece. En los últimos años estos estudios cada vez son más numerosos, se avanza, pero ha habido durante siglos, desde la polémica Jerónimo – Agustín, un vacío enorme y tremendo. Con esta nueva actitud ante el texto, la riqueza de interpretación bíblica se multiplica.

Por otra parte, es una obra completa que nos adentra en el mundo de la Septuaginta desde todos los ámbitos: además de dar un visión general sobre la historia del texto hebreo y el texto griego, su formación y transmisión, las referencias contextuales de la obra le dan consistencia argumental: el AT, los manuscritos del Mar Muerto, los orígenes del cristianismo, el NT, los Padres de la Iglesia, su devenir a lo largo de la historia. En la misma línea, en España, contamos con las grandes contribuciones al tema de Natalio Fernández Marcos⁹, a quien Law le menciona en el primer capítulo con gratitud.

El hilo conductor del libro –la multiplicidad, la fluidez, la pluralidad textual– abre un mundo de futuros estudios que incluso en muchos casos son indicados por el autor. Un ejemplo de ello es el impacto que supone la recuperación de este texto en la formación de la teología y la vida religiosa en la Iglesia primitiva. La Septuaginta permanece en el corazón de la iglesia primitiva e influyó notablemente en la formación de su teología.

No menos importante es señalar –añadido al renacimiento de los estudios de Septuaginta– el hecho de que hoy día estamos asistiendo por primera vez en muchos países a la primera traducción en lenguas modernas: inglés (Oxford University Press, Oxford 2007), alemán (Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart 2009), francés (Éditions du Cerf, París 2011), italiano (Edizioni Dehoniane, Roma 1999-), japonés (Kawade-Shobo Shinsha, Tokio 2002-), español (Sígueme, Salamanca 2008-). En esta última, es N. Fernández Marcos junto a M^a Victoria Spottorno Díaz Caro quienes coordinan esta empresa y únicamente falta de ver la luz el último volumen, *IV. Libros proféticos*. Estas publicaciones son un exponente del interés que ha despertado la Biblia griega en el área de los estudios bíblicos. Law, en muchas ocasiones a lo largo de su libro, reclama la atención que debe merecerse en las traducciones del AT la base de la Biblia griega; pero, como repite a menudo, la traducción del AT en casi todas las versiones modernas de la Biblia se basa en la Biblia hebrea. De ahí las divergencias que encontramos en los textos.

Otro mérito reseñable de este libro es su riqueza bibliográfica, que añadida tanto a pie de página como al final del libro nos ayuda a adentrarnos más fácilmente en el mundo de la biblia griega judía o Septuaginta. Dividida en áreas, y completamente actualizada, el elenco presentado inicia y guía magníficamente en la materia.

⁹ Con títulos como *The Septuagint*, London 2004, o *Septuaginta. La Biblia griega de judíos y cristianos*, Salamanca 2008.

En resumen, podemos decir que es una valiosa contribución al conjunto de los estudios de Septuaginta que se están desarrollando en la actualidad. La obra representa un claro exponente de multidisciplinariedad. Y su claridad de discurso hace de su lectura un apasionante viaje a los orígenes del cristianismo y a sus fuentes bíblicas.